

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 20 / Abril 2020

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González
Rector

Mtra. Ana Luisa Topete Ceballos
Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Mtro. Ricardo Orozco Castellanos
Jefe del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera
Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

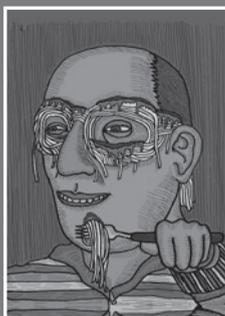


Imagen de portada:

Lentes de Pasta

(Retrato de Anthony el italiano)

Carlos Luis Sánchez Becerra

PIROCROMO

Editora:

Edna Rubí Sánchez Álvarez

Editor adjunto:

Daniel Isai Mata Velázquez

Consejo editorial:

Alejandro Román de la Torre

Aurea Ariel Ávila Macías

Javier Ojeda Ojeda

Luis de Jesús García Oviedo

María Daniela Ambriz Delgadillo

María Fernanda Sánchez Morales

Valerie Anaya Ruiz Esparza

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

L.D.G. Teresa Quintana Rivas

Contacto:

revistapirocromo@gmail.com

<https://www.revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo/index>

<https://www.facebook.com/pirocromo>

<https://instagram.com/revistapirocromo>

<https://twitter.com/PIROCROMO>

*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Recetario

> NARRATIVA

Periodismo felino

Enma Ai

5

Pasos para preparar una delicia literaria

Juan Antonio González Díaz

18

¿Qué se siente?

Laura Sharaí Reyes Vázquez

22

Resurget

Lisett Tapia Lozano

25

Ritual griego para invocar a las musas

Luis David López Delgado

39

> POESÍA

El recetario de la desolación

Kobda Rocha

9

Sonetos sonetiles

Akra

14

Cómo se llora a un muerto

Enma Ai

41

> JÓVENES CREADORES

Entrevista con Andrés Segovia

Consejo editorial

44

A donde van las cosas que nos duelen (fragmentos)

Andrés Segovia

47

Entrevista con Emiliano Ortiz Benítez

Consejo editorial

49

Makambo

Emiliano Ortiz Benítez

52

> IMÁGENES

Índice

60



EDITORIAL

PIROCROMO

3

#20 RECETARIO

Cómo hacer el Recetario de Pirocromo

Para hacer un número de la revista se comienza siempre por elegir el dossier. Puede hacerlo de entre las propuestas del consejo editorial para números pasados, o bien, pedir sugerencias al público de sus redes sociales; no olvide incluir entre las sugerencias el dossier *Naturaleza*, aunque lo rechace por infinitésima vez y se mantenga, por un poco más de tiempo, en la lista de espera.

Una vez seleccionado *Recetario* como tema para el vigésimo número, proceda a hacer la difusión de la convocatoria. Es necesario hacer todo lo posible para que un tema confuso quede bien claro; puede hacer referencia mil y una veces a los textos que inspiraron el dossier: las instrucciones para llorar, para subir una escalera, o para matar hormigas en Roma, todas ellas del buen Julio Cortázar. Igualmente, es útil citar los propios textos de la revista; utilice el caso del texto “Manual para el buen funcionamiento del amor que duele” de la sección Otras creaciones, perteneciente al número 11: *Rock*.

Durante cuatro meses y una prórroga reciba las colaboraciones y déjelas reposar en la carpeta correspondiente. Cuando haya finalizado el tiempo de recepción, comparta los textos e imágenes con el consejo editorial para hacer los dictámenes necesarios. Reúna al consejo para deliberar durante aproximadamente tres horas. Seleccionen aquellas que tengan mejor aspecto y huelan bien, pero, sobre todo, elijan las que transmitan un conocimiento singular que todo el público deba aprender. Pula y lustre los textos hasta tener una versión bien cuidada y definitiva.

Para sazonar, no olvide añadir una pizca de *pirocromos y canelas*.



Disfrute de un recetario donde puede aprender cómo hacer *Sonetos sonetiles*, *Pasos para preparar una delicia literaria* o *Cómo se llora a un muerto*. Si lo suyo es la gastronomía francesa, conozca *¿Qué se siente?* cocinar y comer escargots, o aprenda a preparar algo de *El recetario de la desolación*. También se contempla a los amantes de la alquimia, pues la fórmula para la eterna juventud de las rosas se encuentra en *Resurget*. Para los artistas, recomendamos el *Ritual griego para invocar a las musas*. No olvide que este recetario es apto para sus mascotas, sobre todo aquellas que disfrutan del *Periodismo felino*.

Para terminar, si lo suyo son los Jóvenes creadores, conozca a los escritores y sus textos galardonados en la decimoprimer edición del Premio Universitario de Poesía Desiderio Macías Silva y el Premio Nacional de Narrativa Elena Poniatowska.

Rubí Sánchez

Periodismo felino

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre

El siguiente artículo es una traducción del original, mismo que se guarda en la base bajo estricta vigilancia. La nota fue conseguida con el sacrificio de uno de nuestros mejores agentes. En ella, la prueba de que los animales con el nombre científico *Felis catus*, mejor conocidos como gatos, en realidad son entes de inteligencia. La agencia le da el más sentido pésame a la familia del agente Nébeda, quien fue neutralizado durante su misión. Se pide discreción en la publicación de la nota incriminatoria recuperada.

PIROCROMIO

5

#20 RECETARIO

The Catdian Press

Vol. 106 No. 45

Un ratón y dos palomillas Jueves, agosto 8, 2019

Desde 1920

p. 13 Sociedad

El humano: un sirviente y un asesor real

¿Cómo se debe cuidar a un humano?

Escrito por: Keki

Algunos de nosotros fuimos o seremos aceptados por un humano —una criatura sumamente curiosa y tonta—, por ello, nosotros, los gatos, criaturas superiores, debemos recordar cuál es nuestro lugar dentro de una casa de humanos. Los científicos humanos y algunos supuestos expertos dicen que nosotros vemos a nuestros humanos como a nuestros padres, o que los

queremos igual que un perro. Incluso leí la semana pasada en *The Good-Dogo Journal* que no somos tan malos, pero lo somos. Estamos perdiendo el estilo; debemos mantener nuestro orgullo y recordar nuestro sitio.

Por lo anterior, decidí hacer esta pequeña guía de cómo tratar con el humano o humanos que viven en la casa. Para asegurar que

fuesen los mejores consejos, llevé a cabo una investigación exhaustiva y entrevisté a figuras felinas importantes, como el Chief Mouser, Larry y Choupette Lagerfeld. Tras reunir toda la información y clasificarla, quedaron los siguientes 10 consejos.

1. Si entras a una casa, debes asegurarte que el humano no es una criatura de perros. Los humanos de perros huelen feo, como cualquier canino; querrán estrujarte y mimarte como si fueses un can. Recuerda: NO eres un perro. ¡Mantén el honor de la especie! Si el humano no es de perro, te alimenta y te habla con una voz agudita, reservada para los mini-humanos, puedes considerarte el nuevo dueño de la vivienda.
2. Si hay muchas personas en la vivienda, encuentra quién es una persona de gato y una persona de perro, no obstante, lo más importante, gánate el amor del Señor a cargo de la casa. Él, en específico, será tu asesor real, y si te adora, hay muy baja probabilidad de que te quiten tu trono. Los papás son difíciles, al inicio dirán que no te quieren cerca, que sólo estarás dentro hasta encontrar un nuevo lugar, pero si te afanas, te ganarás su lealtad. Usa todas tus habilidades: maullar tiernamente, agitar los bigotes, restregarte o dormirte en sus piernas, acompañarlos cuando trabajan o cuando ven televisión. ¡Gánatelos!

3. Si el humano que te dejó entrar y te cedió el reinado de la vivienda es una humana joven, recuerda que tu trabajo como su soberano es cuidarla de muchas cosas y, a cambio, ella hará cualquier cosa por ti. Si haces bien el trabajo, la harás adepta del culto que coloquialmente llamamos “doncellas gatunas”. Debes dormir en su ropa, dejarte acariciar y recostarte sobre sus exámenes, más aún si éstos tienen una calificación inferior al 7. Si llora, asegúrate de hacerle saber que tú eres lo único importante en su vida y jamás la defraudarás.
 - a. Con este tipo de humanas hay que tener cuidado cuando otros humanos de edad aproximada las rondan. ¡Esos bastardos pueden desterrarte! Revisa las notitas que tenga, si llegan flores y si se arregla mucho para salir en la noche y regresa risueña. Los bastardos también pueden hacerlas sentir muy mal; si tu humana llora por un imbécil, a la siguiente ocasión rasgúñalo.
4. A pesar de que los humanos son nuestros sirvientes, asesores y súbditos, así como pese a sus extrañas habilidades para hacer aparecer pollo y abrir la puerta, son criaturas muy tontas. Nuestros investigadores aún no entienden cómo se bañan, ni cómo es que sobreviven sin cazar, pero son malagradecidos cuando les regalas comida: los ratones, así como los insectos, ha-

cen a las humanas gritar y a los humanos enojarse. Inténtalo una que otra vez; hay algunos que lo agradecen, sin embargo, es una buena forma de amenazarlos para recordarles que el que tiene garras eres tú.

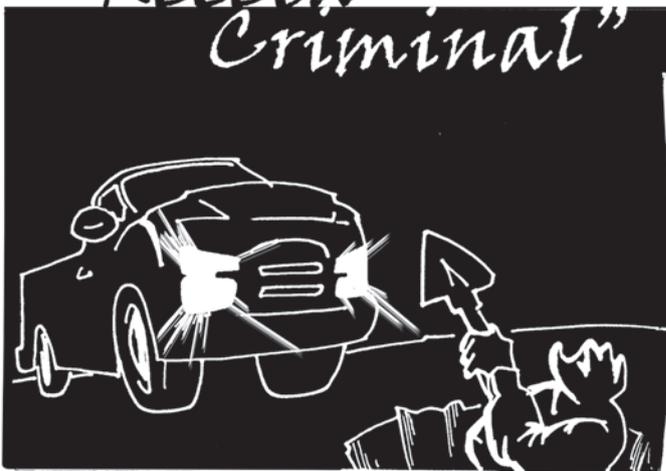
5. Establece tu dominancia. Muérdelos, a todos, sin razón. Sólo M-U-É-R-D-E-L-O-S. (Nota: Considere el punto 6 antes de ejecutar este paso).
6. Si te toca la desgracia de estar cerca de un mini-humano, hay ciertas cosas que debes recordar: ellos huelen a leche, pero no están hechos de leche, y les gusta agarrar todo. Cuida tu cola, tus orejas y evita morderlos o gruñirles, pues los humanos grandes son demasiado cuidadosos con los pequeños (se tiene la teoría de que esa es la razón por la cual los humanos son tan inútiles a veces).
7. Ya hablamos de los humanos perro: los que huelen mal y quieren tocar todo. Esos humanos, cuando conviven con humanos gato, o bien, con humanos indefinidos que son capaces de estar con todo animal, crean una vivienda donde hay más animales y, sobretodo, perros. Nuestra riña ancestral ha estado en tregua desde hace mucho, mas no significa que debas dejarte humillar por creaturas capaces de comer todo. El humano, TU humano, hará muchas cosas por el perro, pues, los perros, como es sabido, no son muy inteligentes. A pesar de su falta de inteligencia,

son calentadores móviles y amables. Asegúrate de que aprendan que su lugar es inferior al tuyo. Rasgúñalos y grúñeles los primeros días; si te temen y se acobardan, mejor. Luego trátalos bien, serán tan leales a ti como lo son hacia los humanos. Cabe aclarar que son grandes compañeros de crimen.

8. Ya que tengas dominio sobre toda la vivienda, debes llenar cada sillón, silla, cortina y pieza de ropa con pelo. Recuerda que es la forma legal para apoderarte de una casa y adoptar a un humano o una familia de humanos. La legalidad felina tiene que ser respetada.
9. Deja que te tomen fotos, que documenten tu vida de rey. No todos los gatos llegan a ser famosos entre todos los humanos, pero eres la estrella de tu propio *show* y, con suerte, te volverás una celebridad local a quien los amigos de los humanos lleven ofrendas o regalos, como pedazos de pollo cuando hagan visitas.
10. El último consejo debes grabártelo: quiere –sólo lo suficiente– al humano; entonces, tendrás la suerte que todos nuestros hermanos ferales y callejeros no tienen: ser recordado por siempre por el humano. Son tontos, sí, no obstante, tienen un gran corazón.

Mr. Pulp presenta:

"Receta Criminal"



— PARA UN CUERPO
— DE UNOS 110KG —
— SE NECESITA UN
— TAMBO DONDE ENTRE
— EL CABRÓN JUNTO —
— CON EL CALDO, PARA
— QUE SE DESHAGA —
— BONITO...
— EN LA FOSA —
— DEBE CABER EL
— TAMBO Y CUBRIRSE —
— MUY BIEN... —



MUY IMPORTANTE UN BUEN FUEGO
QUE TERMINARÁ POR COCER AL ANIMAL



A LA MAÑANA SIGUIENTE, LA BARBACHA YA DEBERÁ ESTAR LISTA.
EL PRIMER TACO ES EL MEJOR PAGO PARA TAN ARDUA FAENA.



¡CHIN!
SE NOS
OLVIDÓ LA
SAL



El recetario de la desolación

Kobda Rocha

Lic. en Enseñanza de Inglés UNAM

Damas y caballeros, jóvenes y ancianos,
requiero unos minutos de su amable atención.
Yo vendo este producto que ahora pongo en sus manos:
sabroso recetario de pena y aficción.

Es cierto, ¡se los juro!, no les voy a mentir,
no vengo con engaños, no es esa mi intención.
Yo soy un comerciante de honor y buen vivir,
honesto y hombre honrado de humilde corazón.

Si usted es poseedor de turbio y cruel pasado,
fue víctima de abuso, maltrato y violación,
pues ya ha de ser experto en ser un desgraciado;
seguro no le importa mi intento de lección.

Alegres y optimistas sí pueden deleitarse
con mil y un recetas de fácil confección;
toditos los jocosos que quieran lamentarse
descubran los secretos de la tribulación.

La dieta del martirio: juguito de aspereza,
tamales de penuria, atole de tristor,
licuado de congoja, galletas de tristeza
y ricos chilaquiles bañados en sopor.

Para un almuerzo sano después del desayuno,
coctel de desconsuelo con un poco de alcohol,
malteada de quebranto con leche de infortunio
o bien una tacita de cuita con formol.

Y luego, al mediodía, se cuece desventura,
se asa el menoscabo para la colación,
se pueden preparar taquitos de amargura,
de ruina quesadillas con huevo y salchichón.

En la comida fuerte, yo recomiendo mucho
sopita de miseria o vil funesto arroz,
tlayuda de acrimonia, de lágrimas panucho,
tlacoyo de tiricia con queso blanco atroz.

Todo eso acompañado con salsa de tormento,
tortillas amasadas con sangre y con sudor.
Para beber, un vino de horror y sufrimiento
o una agüita fresca de natural dolor.

Si quiere algo ligero, también hay tribulanza:
dietética ensalada carente de pasión
con trágico aderezo de la desesperanza,
legumbres de cosecha sin dios y sin razón.

De postre hay cien opciones: panqué de oscuridad,
helado de dolencia, pastel de corrosión,
de angustia jericalla, un flan de adversidad,
perjuicio en bocaditos, sin refrigeración.

De noche, ya en la cena, un plato de tristura,
cereal de pesadumbre servido en un platón,
café del desamparo, un vaso de tortura,
zozobra, desaliento o bien perturbación.

Platillos deliciosos contiene el recetario;
padezcan mil penumbras, disfruten el sabor,
conozcan la cocina de abismos voluntarios
y vuélvase infelices, ¡olvíden el amor!

Reuniones familiares, bautizos, quince años,
comidas succulentas para toda ocasión.
En bodas, navidades y hasta en los no-cumpleaños
prepare unos banquetes con la mejor sazón.

Si queda insatisfecho después de cuatro meses,
nosotros le matamos parientes por montón,
colgamos a su abuelo sin cuenta de intereses,
pero al final, ¡promesa!, caerá su maldición.

¡Anímese al instante! ¡Ya no lo piense más!
Pues van garantizados mil siglos de impiedad.
¡Ni Dios ni la poesía lo pueden superar!
Escuche con cuidado: sufrir es lo cabal.



Familia Paleta, Carlos Luis Sánchez Becerra.



Sonetos sonetiles

Akra

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre

*Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto.*

Lope de Vega

“Instrucciones” para escribir en soneto

La cuenta (in)finita

No es tan difícil hacer un soneto,
si no crees, lee atento y comprueba
que es fácil como contar, haz la prueba:
los versos son de once en este cuarteto.

Revisa la rima, lleva el conteo,
y si escribes cuatro y luego dos más,
como el Fénix a la mitad ya irás,
aunque con este ya son ocho, creo.

Acabados los dos cuartetos sólo
quedan pendientes los tercetos, ¿ves?
Y ya con el primer que rima solo

se hace el otro con la rima al revés.
Mas si no crees mis letras sin dolo,
puedes medirlas una y otra vez.

Acerca de las voces danzantes

Según mi madre no tienen sentido,
de las palabras, las combinaciones
en los poemas y composiciones
a menos que sea uno fermentado.

No respondo. Mas consulto a mi oído
que piensa: “¿cuáles son tus

[impresiones?”

Y él contesta: “mis felicitaciones
a los bailantes del ritmo perdido”.

De tal quid, mi mano izquierda,
[perpleja,
y su par mi mente diestra, confusa,
no dan razón. Y el mudo normalmente

escucha replica desde la oreja:
“la música es rima que nadie usa,
los bailarines, voces de la mente.”

Alguna cosa vana

Si quiero hoy versar, me veo ante el abismo:
¿sobre qué cosa se escribe un poema?,
¿requiere un poeta tener un tema?,
¿cómo se llama poeta uno mismo?

¿Deben mis letras ir sobre algún sismo,
mis palabras alabar a los santos,
a las nueve consagrarse mis cantos
o el trazo exaltar mi romanticismo?

¿Debo andar y beber las santas fuentes,
inspirar mi brazo con luz défica
o con tinieblas mías y mundanas?

¿Por qué no componer sobre ascendientes,
un mal hada y súcubo beatífica,
bodas de abejas, muertes y sultanas?

¿Por qué no cosas vanas
como gatitos, nubes, viajes, sables,
dulces, montes, juguetes o jenables?



Medio día, Pedro Eduardo Muñoz Montoya.

Pasos para preparar una delicia literaria

Juan Antonio González Díaz
Lic. en Educación Física ENEF, 3° semestre

1. Ponga a hervir sus ideas. Use expresiones grandilocuentes como: “parásito posmoderno de dudosa moral cristiana”, así dará la impresión de escribir alta literatura.
2. Agregue una pizca de cinismo. Haga paralelismos forzados o inexistentes de su texto con algún escritor de renombre. Utilice a Borges. Sí, todo mundo se baja los pantalones ante Jorge Luis.
3. Ponga su escrito a fuego lento. Inunde de correos electrónicos la revista o certamen donde quiere ser publicado, aun si no tienen convocatoria abierta. Al que no habla, nadie lo escucha.
4. Desmenuce sirenas al gusto. Si la moda dicta que los zombis y otros seres de fantasía venden, súbase a ese tren.
5. Vierta bilis al gusto. Quéjese y hable mal del consejo editorial donde no le publiquen. Qué va a saber esa gente de letras, sobre todo de la genialidad que usted exuda.
6. Sazone con oportunismo. Espere a octubre para mandar poemas sobre el 68. No está de más valerse de causas sociales para aparentar su civilidad. Escriba un cuento o un ensayo sobre Ayotzinapa o los feminicidios; la narco literatura también es buena opción.

7. Ensalce el tema. Acumule una cantidad exagerada de groserías en su trabajo. Sobra decir que la narrativa de pelos y culos es más llamativa y fomenta la errada idea del folclor nacional.
8. Añada bastante Derrida o Kant. No existe nada más mamador que leer algo como: “la deconstrucción del imperativo categórico”.
9. Espere a que la mezcla genere vapor. Insulte y critique a los escritores que sí son publicados en los espacios donde usted no. Llámelos “plumas vendidas”.
10. En este punto el guiso se echó a perder. Usted nunca retomó sus lecturas ni pulió su estilo. Es tiempo de que busque gente como usted y forme alguna editorial independiente o grupo literario.
11. Sirva el platillo. Muestre esa revista o libro, año con año, a gente que jamás leerá su trabajo.



Grasas, Carlos Luis Sánchez Becerra.

LAS GRASAS ME
COMEN
A MÍ...



¿Qué se siente?

Laura Sharaí Reyes Vázquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 1° semestre

El hombre miraba el puñado de moscas que revoloteaba encima del frutero, eran alrededor de veinte, gigantescas, con cuerpo metálico. Le parecía curioso cómo todas ignoraban el resto de las cosas puestas sobre la mesa, como si sólo existiera el frutero. “También está el jarrón verde”, pensó, cuando un sonido proveniente de la olla en la estufa le arrebató el pensamiento. Levantó la tapa y miró las burbujas que brotaban y morían al instante. El chocolate estaba listo.

Se apresuró hacia la mesa y del jarrón verde sacó dos caracoles vivos, las criaturas glutinosas movían sus cuerpos retenidos entre los dedos regordetes del sujeto. Volvió a la estufa y arrojó los caracoles al chocolate hirviendo. Sonrió, pues le gustaba imaginar que los caracoles, al sentir el vapor caliente envolviéndolos mientras caían directo a la lava, gritaban desde el interior de su caparazón. Un gritito apenas perceptible, ahogado, como de quien intenta articular algo y descubre que se ha quedado sin voz, seguido de un atolondrado golpe de calor en sus cerebros, un terror creciente que se apodera de ellos al percibir que sus intestinos comienzan a cocerse. Esa idea le resultaba tan placentera que jamás volvía a colocar la tapa. Se quedaba ahí observando cómo flotaban los caparazones en el líquido hirviendo.

Ya en la mesa, sentado frente a una taza, un martillo y una tabla con los caracoles muertos, el hombre recreó el deleite de pescar los caparazones con el cucharón; como si él fuera un dios, pero uno que no pretende ayudar. Tomó el martillo y dio un golpe a los caparazones; la mesa saltó. “¿Cómo privarse de la sensación de escucharlos tronar? ¿Cómo no querer sentir el ligero rebote cuando el martillo ha dado ya contra los cuerpos viscosos? Poder hacerlo es suerte”, pensó el hombre.

La imagen de los cuerpecillos ahora perforados por su misma coraza, junto con el vapor del chocolate, le provocó cerrar los ojos. Llevó la taza a su boca y dio un largo sorbo: profundo, pausado, en completo

silencio. Sintió que el líquido quemaba su garganta, chamuscando un poco su carne. Percibió el infierno bajando por su esófago, abriéndose paso hacia el fondo, y entonces imaginó a un hombrecito viviendo en su estómago, sentado en cuclillas, que de pronto miraba hacia arriba aturdido por la llegada de aquel líquido ardiente. Sintió su impotencia al ser consumido sin escapatoria, con la piel cayéndosele de los huesos y la boca derritiéndosele en una mueca. Una escena perfecta que el tramoyista de su mente sabía manejar como una divinidad.

Lanzó un suspiro y miró a su alrededor: la alfombra llena de manchas, el fregadero escurriendo, el refrigerador entreabierto y, al otro lado de la mesa, el puñado de moscas en el frutero. En él no había ni manzanas ni plátanos, ni nada de fruta; de lo que el frutero estaba lleno, a tope, era de pequeñas manos. Manitas gordas y putrefactas que el hombre había cortado.

—Ustedes andan hasta en el infierno, ¿verdad? —preguntó el hombre a las moscas—. ¿Vendrán a buscarme cuando mi casa sea el frutero?

Y, como respondiendo, una mosca pequeña, negra, la más pequeña entre todas aquellas monstruosidades, se posó encima de los caracoles muertos. El hombre la siguió con la mirada.

—Las moscas no distinguen al muerto, ¿o sí? —les dijo.

Un sonido de sirenas penetró por toda la calle, era estridente. Se metió por sus tímpanos y amenazó con tronarlos; sin embargo, el hombre siguió mirando las moscas.

—Mientras ya no sirva, hasta la mierda se les antoja.

Un golpe sordo abrió la puerta.

—¡Arriba las manos! —gritó el policía.

El hombre sonrió al ver que el enjambre no se movió del frutero ni con el ruido.

—¡Que levantes las manos, te dije! —repitió el policía.

El hombre se puso de pie y, con una sonrisa en el rostro, preguntó:

—¿Las manos del frutero?



Mozarella, Carlos Luis Sánchez Becerra.

Resurget

Lisett Tapia Lozano

—¿No sería maravilloso que las rosas vivieran por siempre? —susurró Fritz al oído de Myrthas, con un lento siseo que le provocó escalofríos por todo su frágil cuerpo. Por su parte, ella no supo responder, sólo le devolvió una mirada de divertida confusión.

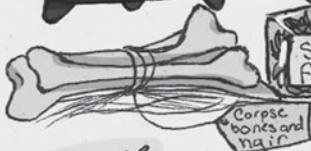
La música inundaba el salón. La pequeña orquesta de cuerdas se dedicó a interpretar un nuevo vals. Fritz pasó su brazo por la estrecha cintura de Myrthas, mientras entrelazaba su mano derecha a la de ella. Su fija mirada de ojos grises no demandaba una respuesta a sus anteriores palabras, tan sólo quería desahogar ese pensamiento, iniciado, quizá, por el vestido rojo de Myrthas, por su piel brillante y pulida —casi de porcelana—, por su cabello negro cual ónix u obsidiana, por sus labios rojos y ojos tan verdes como la más hermosa de las primaveras. Todo ese despliegue de frescura y belleza, cual primera rosa de temporada, atrajo numerosas y diversas miradas de los invitados desde su llegada a aquel palacete. Las mujeres examinaron a Myrthas con envidia mal disimulada y sonrisas fingidas. Los hombres, sonrientes también, translucían que quizá, de tener oportunidad de estar a solas con la joven, no la dejarían pasar. Además de que ambos grupos se cuestionaban seriamente sobre si ese hombre que la acompañaba sería de verdad su novio o prometido, dado el contraste de ambos: él, pálido, delgado, usando un frac negro que parecía que le iba unas tallas más grandes, con mirada cansina y cabello un tanto descuidado, al igual que su barba. Pero la muchacha tan sólo tenía ojos para ese caballero, sin importarle lo demás. La mirada que le dedicaba era de un afecto genuino. Eso, ni con todo el oro del mundo, se podía fingir.

Myrthas volvió a sonreír sinceramente. Una sonrisa brillante que no pasó por alto para ningún par de ojos a los alrededores. Posó su mano sobre el hombro de él y ambos comenzaron a bailar de nuevo en sincronía con el resto de los invitados.



FAVORITE SUBJECT

Potion Making



Herbology



—A veces dices cosas que... —comenzó a decir Myrthas después de que su cabeza terminara al lado de la de Fritz tras varios giros; fue evidente para él notar que a la joven no le faltó el aliento para poder acabar la frase, sino, más bien, las palabras.

—¿...son locuras? —concluyó él por la muchacha, con el mismo tono suave con el que acostumbraba hablar.

—No, no son locuras —repuso ella—. Simplemente no puedo...

Un nuevo giro hizo que continuaran bailando y sin hablarse hasta el final de la pieza, la cual terminó varios minutos después entre efusivos aplausos. Mientras aquella algarabía de risas y vitoreo se extinguía poco a poco y un nuevo vals nacía, Myrthas y Fritz salieron del salón, buscando algo de tranquilidad en alguno de los amplios y solitarios balcones del viejo edificio señorial, propiedad de un club al que Fritz había accedido poco tiempo atrás debido a su nuevo empleo.

Hallaron uno, más al sur de la finca, ubicado frente a un jardín y una fuente. No había luna, aunque, de igual modo, Fritz no habría mirado a nada del exterior. La joven le sujetaba la mano suavemente al tiempo que paseaba su vista sobre cada detalle del jardín: la fuente —dos querubines de mármol exquisitamente cincelados—, los árboles y flores que apenas se veían por la tenue luz interior del edificio en donde se encontraban.

Tomaron asiento sobre una banca de piedra, el uno frente al otro. Ella volvió a sonreírle, aún sonrojada por el baile.

—¿Te has cansado? —preguntó Fritz, sin soltar su mano—, ¿de-seas que nos vayamos ya?

—No, no es necesario —respondió Myrthas rápidamente, negando también con su cabeza—. Estoy bien. Todo es encantador: la música, la gente, el salón, incluso esta vista. Y tú, no podría estar más contenta contigo.

Se hizo el silencio entre caricias y besos, Fritz contempló a Myrthas con más atención, como si pretendiera descubrir algo que ella se esforzaba en ocultar; había comenzado a sonreír junto a su compañera, pero se detuvo.

—Hace tiempo que no acudíamos a algún baile como éste. Y tal y como la última vez, no pasas indiferente.

Myrthas rio, apenada. Pero la mirada de él se había oscurecido al continuar, al igual que su voz:

—Y temo que pueda terminar igual que aquella ocasión. Por eso, querida mía, si de verdad no te encuentras bien, no aparentes fortaleza, yo comprendo perfectamente si tú...

—No soy tan frágil como piensas, Fritz.

Atrás había quedado la sonrisa de la muchacha, remplazada por un gesto de desprecio. Myrthas interrumpió al joven, retirando su mano de la de él, lanzándole ahora una mirada severa.

—Parece que no te alegraras por mí y no me desearas otra cosa que “ese mal”. Y en lugar de pasar una velada tranquila, te dedicas a recordarme algo tan desagradable...

—Me preocupo, eso es todo —respondió él, bajando la mirada, visiblemente abatido—. Nunca pretendí causarte molestias. Me disculpo...

—Es algo tarde para disculpas. Eres imprudente —dijo Myrthas, con voz cortante—. Mide tus palabras la próxima vez. Hace unos momentos me hablabas sobre las rosas y ahora sobre cosas nefastas. Así que, dime, ¿para qué me has traído hasta aquí?, ¿para decirme algo de verdad importante o desearme cosas tan malignas?

Se puso de pie rápidamente, fulminando a su compañero con sus ojos verdes. Fritz lanzó un suspiro. Levantó a su vez sus tristes ojos grises hasta el rostro de ella, pero no pudo soportar su mirada por mucho.

—Nada importante —aseguró, con una sonrisa penosa—. Volvamos al baile.

Myrthas se dio la vuelta sin decir nada más y avanzó por el pasillo que momentos antes había recorrido para llegar al salón principal. Fritz tardó unos segundos más en seguirla. Se puso de pie despacio. Volvió a suspirar, mientras miraba el cielo nocturno por un momento, y luego cerró los ojos. Todo estaba en calma. Ningún ruido se podía escuchar, salvo el de su propia respiración y los latidos de su corazón. Y entre aquella oscuridad, sus pensamientos recobraron el orden.

—Tiene razón. Me preocupo por nada. Además, no debo alterarla —dijo para sí.

Se está corrompiendo...

—De ninguna manera —susurró el joven, con una repentina convicción en su voz—. Todo está bien.

Abrió los ojos y siguió a Myrthas con paso seguro. Recorrió el pasillo alfombrado y en poco tiempo estuvo también en el salón de baile. Buscó a su compañera con la mirada. Avanzó aminorando el paso entre aquella gente ajena a sus pensamientos, mirando a todas direcciones, hasta que finalmente, en la segunda planta, cerca de la baranda de mármol, vislumbró un amplio y brillante vestido rojo como una señal.

Myrthas estaba ahí, dándole la espalda. Tenía una bebida ámbar en su mano derecha y ella conversaba alegremente con tres muchachas y un caballero.

Fritz siguió andando hasta las escaleras, pero antes de subir los últimos escalones, unos gritos se escucharon. La música paró y la gente de la planta baja levantó la vista a un punto sobre el que Fritz acababa de mirar, y éste, sin pensar en su antigua acción y más por instinto, elevó sus ojos hacia Myrthas y vio cómo su peor pesadilla se hacía realidad. Su piel pasó de pálida a gris.

—¡Myrthas! —exclamó con desesperación al ver a su compañera tendida en el suelo. Los invitados comenzaban a juntarse alrededor de ella.

Fritz subió de prisa los escalones que le faltaban, tropezando un par de veces. Cuando llegó con Myrthas, apartando sin cuidado a la gente, se inclinó hasta ella, sosteniendo su frágil cuerpo entre sus brazos.

—¡Myrthas! —dijo desesperado, mientras medía el pulso de una de sus muñecas—. ¡Abre los ojos! —Pero era inútil y lo sabía.

—Caballero —le dijo un hombre a sus espaldas—. Yo soy médico, puedo ayudarla si usted permite que llevemos a su novia al Hospital Real en este momento.

—Es mi esposa —aclaró Fritz fríamente, mirando a aquel hombre y con Myrthas aún en sus brazos—. Y no, no es necesario llevarla a un hospital. Yo también soy médico. Con llevarla a casa será suficiente.

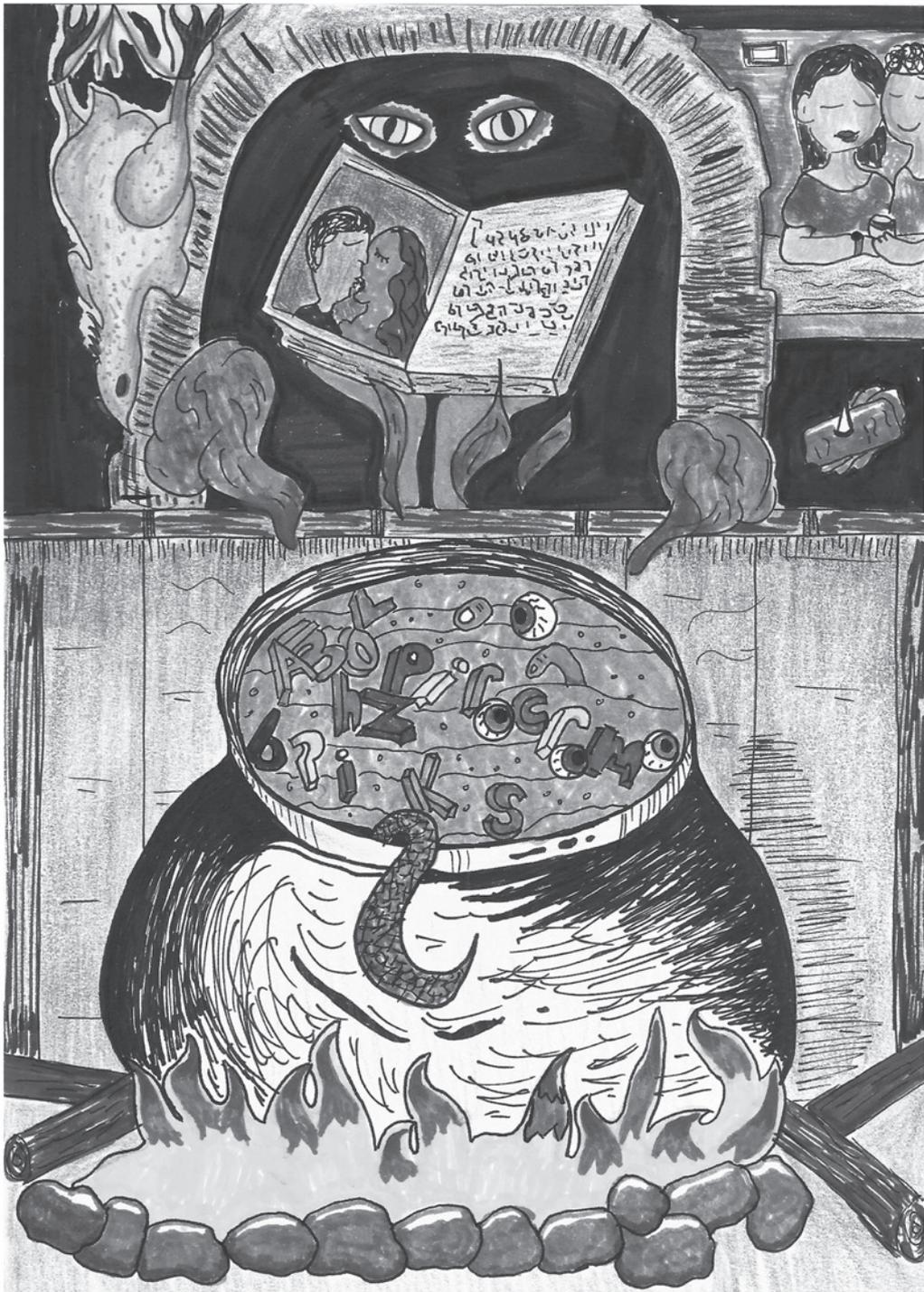
Su interlocutor asintió, algo contrariado. Juzgó que enfadarse más por algo tan trivial como el estado civil no venía a cuento ante un desmayo. Pero no era momento de discutir prioridades. Se hicieron voces entre los presentes:

—¡Preparen un coche! ¡Pronto!

—¡Ayuden al caballero a llevar a su esposa!

Entre la servidumbre y voluntarios, además de Fritz mismo, transportaron a la joven con extremo cuidado hasta el exterior del recinto, donde un carro tirado por dos corceles negros ya esperaba a la pareja y al médico. Fritz había accedido, sin mucha convicción, a que aquel hombre vigoroso y elegantemente vestido los acompañara para cerciorarse de que no había peligro.

—Mi nombre es Henry Stern —se presentó aquél, mientras recorrían las oscuras calles de la ciudad—. Soy interno en el Hospital Real y por tal, si usted precisara de más ayuda para auxiliar a su esposa, no sería ninguna molestia de mi parte.



Atando cabos, Elsa Nidia Mauricio Balbuena.

—Créame, no será necesario. Nunca ha sido precisa más intervención que la mía —replicó Fritz, con una sonrisa amarga—. Aunque se lo agradezco.

—Entonces, ¿esto ya ha ocurrido antes? —preguntó Henry, asombrado.

—Así es —respondió vagamente su interlocutor, restándole importancia al asunto.

—¿Y a qué se deben estos desvanecimientos de su esposa?

Fritz miró a Myrthas en silencio, como si hubiese caído en trance o posiblemente no hubiera oído la pregunta. El mutismo duró casi un minuto y justo cuando Henry creía que el joven no le iba a responder, Fritz dijo por fin, con voz distante:

—Son accesos de debilidad. Ella ha estado delicada desde hace algunos años atrás, después de casarnos. Sólo yo sé cuidarla y tratar su mal. Mi nombre es Fritz Morgen, por cierto, y mi mujer Myrthas Morgen.

Henry escuchó aquellas palabras mientras miraba a la joven desmayada y al muchacho, respectivamente, y entre más meditaba lo dicho por Fritz, más preguntas nacían en su interior: ¿qué era exactamente ese mal?, ¿cómo era que lo trataba?, y sobre todo, si eran marido y mujer, y ese hombre era médico como él, ¿cuál era la edad de ambos?

Se veían jóvenes, muy jóvenes. A Henry le había costado siete años de su vida ser médico y, a sus treinta y dos años, no llevaba ni un lustro ejerciendo, pero por su buena capacidad y aptitud, su estancia en el Hospital Real había sido inmediata. Ahora bien, aquel médico que tenía delante, aunque de apariencia cansina, no debía superar los veintidós años, quizás; y ella, ¿diecinueve?, ¿veinte, tal vez? Algo no terminaba de convencerlo, pero debido a lo preocupante de la situación, no preguntó más.

El recorrido terminó un par de minutos después, en medio de un tenso silencio que ninguno de los dos hombres se atrevió a romper, salvo para hacer observaciones de la enferma, la cual continuaba lívida y sin dar ninguna señal de que fuera a despertar pronto. El coche recorrió las calles por el sur hasta que hizo alto delante de una casa de dos plantas, misma que a Henry le pareció que debía tener años sin ser habitada, debido a lo descuidado del jardín exterior. Luego de esta rápida observación, entre el cochero, Fritz y Henry, transportaron a Myrthas hasta el interior de la casa y de ahí a un dormitorio de la planta baja que indicó Fritz. Una vez recostada, el cochero salió a la espera de nuevas órdenes,

pero el médico se había quedado en la habitación de la enferma un momento más. No vio cuándo había salido el anfitrión. Se había quedado solo con la enferma.

Al acercarse a un costado de la cama donde reposaba Myrthas, le pareció que la muchacha estaba todavía más pálida que antes, ¿o sería un efecto de luz? De ser así, la lámpara que ahora la iluminaba, lo hacía terriblemente: ¿o acaso no parecía que sus ojos estuvieran hundidos? Y eso era algo que sólo ocurría horas después de...

Su corazón dio un vuelco. Henry se apresuró a poner una mano sobre la frente de Myrthas. No tenía fiebre, o lo que era peor, estaba fría. Su mano bajó hasta el cuello y con su dedo índice y medio se propuso encontrar el pulso en sus arterias.

—Caballero —exclamó Fritz de pronto, haciéndolo retirar su mano de Myrthas.

Luego de haber encendido algunas luces, Fritz había salido a otra área de la casa un momento, y ahora, como una sombra, volvió rápida y silenciosamente a donde estaban su esposa y Henry.

—Muchas gracias por su ayuda y su preocupación —dijo el joven, dirigiéndose a Henry con un gesto más conmovido—. Y me disculpo si fui grosero con usted.

—No se preocupe por eso —Henry replicó a su vez con sonrisa bondadosa—. Comprendo perfectamente. ¿Está seguro de que no necesita mi ayuda?

—Absolutamente —aseguró Fritz.

—Entonces, me retiro —dijo el médico, dando una última mirada a la muchacha. Luego, tendiendo la mano a Fritz, añadió—. Le dejaré una tarjeta con las direcciones del hospital y mi domicilio particular, por si gusta acudir por ayuda a cualquier hora del día o de la noche. No lo dude, estoy a su servicio.

—Se lo agradezco y espero no sea necesario...

Henry sacó del interior de su bolsillo un lápiz y un libro pequeño donde escribió enseguida su nombre y las direcciones prometidas. Luego, arrancando la hoja, se la entregó a Fritz, el cual la tomó, la dobló por la mitad y la dejó en su mano, mientras el médico volvía a despedirse.

Fritz lo acompañó a la puerta. Vio a Henry abordar el coche y a éste hasta que se alejó al doblar una calle. Y cuando el silencio reinó de nuevo, el joven entró a su casa, borrando de su cara cualquier rastro de tranquilidad o amabilidad. Sin mirar la hoja de su mano, la

rompió en pedazos, esparciendo los fragmentos por el suelo de madera, mientras avanzaba hasta la habitación donde Myrthas se hallaba.

Por lo menos sabes dónde está el Hospital Real... Y no has olvidado el nombre de ese doctor...

—No lo necesito —dijo Fritz con voz seca.

Llegó a la cama y examinó a Myrthas atentamente unos segundos, como estudiándola. Y sin más puso manos a la obra.

De un cajón del buró del lado derecho de la cama sacó varios instrumentos médicos y frascos vacíos que fue colocando en la superficie del mueble de forma mecánica. Luego, tras ponerse de pie, salió del dormitorio para ir a otra habitación en la planta baja.

Al lado de la cocina abrió y cerró tras de sí otra puerta, en cuyo interior —una habitación pequeña y sin ventanas— había una especie de laboratorio improvisado en el fondo del muro más amplio. Una lámpara iluminaba el lugar, al igual que un mechero bajo un matraz que calentaba un líquido verdoso y transparente que despedía numerosas burbujas.

Fritz volvió a manipular más cajones, frascos, líquidos... Puso en el mechero otra sustancia violeta que despidió un aroma dulce a los pocos minutos de haber aumentado su temperatura.

No deberías añadir más de dos onzas esta vez...

—Son tres... —respondió Fritz, sin apartar la mirada de dos tubos de ensayo y un tercero que manejaba con su precisa mano.

O mejor... No deberías estar haciendo todo esto...

—Tres onzas... —susurró Fritz.

El joven salió de la habitación con la rapidez de quien recuerda algo de súbito. Recorrió un pasillo iluminado con una nueva luz y llegó hasta una estancia donde había dos baúles abiertos y un tercero cerrado, además de numerosos libros esparcidos por el suelo y en otros muebles de apariencia descuidada. Se acercó hasta el diván, de cuya cabecera tomó un grueso volumen muy viejo. Abrió las páginas sin mucho cuidado, mientras sus ojos recorrían renglones y párrafos a gran velocidad y murmuraba nuevamente:

—Alcanfor... Respirará... Extracto de... Siete gotas... Siete... Dos, tres onzas...

Leyó rápidamente un par de páginas más sin parecer convencido. Luego, cerró el libro y lo dejó sobre una mesa a varios pasos del diván. Abrió un segundo volumen parecido al primero y hojeó las viejas páginas de manera frenética, esta vez en silencio.

No creo que esté ahí tu respuesta...

—Cuatro onzas —concluyó Fritz, enfadado.

Dejó el libro sobre la mesa sin cerrarlo y volvió a la habitación donde ya hervía una tercera fórmula sobre el mechero.

Fritz retiró del fuego el pequeño matraz con ayuda de unas pinzas y vació el contenido sobre un vaso graduado. Ahí mismo vació los tubos de ensayo con ayuda de un agitador de vidrio. Complacido, advirtió que la medida llegaba a las cuatro onzas.

Un minuto después, tomó el vaso y lo llevó hasta la habitación donde se encontraba Myrthas. Lo colocó sobre el buró y, de nuevo, manipuló los instrumentos que momentos antes habían estado guardados.

Se ve tan tranquila... ¿no lo crees?

Fritz miró brevemente el perfil de Myrthas. Recostada, con su cabeza sobre la almohada, parecía un ángel o aquella princesa que durmió por tantos años, a la espera de un beso que la volvería a despertar de ese sueño fatal. Ese condenado sueño.

—Sí... —susurró con tristeza el joven. Y volvió a su tarea.

Déjala ir...

El muchacho sintió un nudo en su garganta, pero continuó trabajando.

Déjala ir...

Una lágrima resbaló por la mejilla de Fritz, pero no abandonó su labor.

Déjala...

—Pero es tan bella... Tan magnífica... —dijo, con voz ahogada, mientras se le nublaba la vista.

Por piedad, Fritz... Déjala...

—Sé que puedo hacer un poco más... Puedo...

Más lágrimas caían de su rostro y goteaban en el suelo. Le temblaban las manos. Se aflojaron sus rodillas. Pero no quería parar. No debía hacerlo. No ahora...

Fritz...

—¡CÁLLATE YA, MALDITA SEA! ¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE!
—gritó, soltando de una vez los instrumentos. Se cubrió las orejas con ambas manos mientras cerraba los ojos y continuaba intensamente—. ¡ES MÍA! ¡ELLA ES MÍA!

No volvió a escuchar aquella voz grave cuando bajó las manos. Fritz se limpió los ojos con ayuda de las mangas de su camisa. Luego,

cuando dejó de temblar, continuó con su tarea. Y con un último suspiro, exclamó:

—Es mía...



Myrthas avanzaba por los pasillos de la casa. Iba de la cocina al comedor, canturreando. Estaba de buen humor. Fritz, por su parte, estaba en la estancia. Hacía tiempo que no acomodaba los libros desde la mudanza, así que, aprovechando su día de descanso, comenzó la mañana quitando el polvo de los muebles y tratando de dar un orden a la habitación que le fuera más conveniente.

Myrthas ya se había acostumbrado a ver todos esos libros e instrumentos que su esposo empleaba para su trabajo, aunque no comprendía el uso de todo aquello. Tan sólo pedía que Fritz terminara todo ese arreglo de una vez, tal y como ya lo había hecho con el pequeño laboratorio ubicado al lado de la cocina.

Llevaban viviendo en aquella casa dos meses, y entre su trabajo y otros acontecimientos, Fritz no había tenido tiempo de ocuparse de varios deberes hogareños, como contratar a un jardinero que quitara todas las hierbas secas del jardín frontal, pero eso no era urgente a su juicio.

—Querido —llamó Myrthas desde el comedor—. Ya está servida la comida.

—Voy enseguida —respondió Fritz, sin levantar la vista.

Abrió dos de los baúles y dentro colocó varios de los numerosos libros. Las repisas y el librero, aunque amplios, ya estaban casi llenos, así que el joven decidió que esos últimos volúmenes, los que usaba más, ocuparían los baúles. Y en aquel momento, al abrir el tercero, cuya llave guardaba en el bolsillo de su chaleco, se topó con un montón de papeles que revisó rápidamente, tan sólo para cerciorarse de que estaban completos. Lo primero que vio fue un retrato: su padre, el respetable doctor Wagner Morgen, muerto ocho años atrás. Todos aquellos libros que ahora Fritz guardaba habían sido suyos. De su madre no recordaba ni conservaba nada, salvo su nombre: Elsa Morgen. La había perdido cuando contaba con menos de un año, y su padre no le hablaba mucho de ella. Fritz tan sólo había conocido y amado a una mujer en su vida. Otro retrato, de Myrthas. Lo examinó a conciencia. No podía negar que en aquella fotografía la joven lucía esplendorosa, es decir, no estaba tan

delgada como ahora, y pese a que el retrato estaba a blanco y negro, era fácil adivinar que su piel debió tener colores lozanos. Ahora, quizás esos tonos grisáceos de la imagen eran los que tenía siempre. Pero eso era lo de menos. Seguía siendo bella ante sus ojos y él aún la amaba como entonces, quizá más. Fritz sonrió orgulloso.

—De no ser por mí...

El resto no eran más que documentos. Y Fritz sabía lo que decía cada uno de ellos con sólo mirarlos. Su sonrisa se ensanchó con el que estaba al frente de todos: un certificado de matrimonio de ocho años atrás. El juez que los casó había dicho que se veían muy jóvenes para sus edades (se presentaron ante él con trece y quince años, respectivamente), pero, dado que Myrthas había huido de casa y Fritz ya no tenía más familia, consideró que el honor de la muchacha debía ser restituido con el apellido de su marido.

Dentro del baúl también había constancias y recetas de médicos y hospitales que advertían de la presencia de la tisis; más recetas de diversos laboratorios, más cuentas de hospitales y droguerías, hasta llegar al recibo de los servicios funerarios y un certificado de defunción a nombre de Myrthas Morgen, de cinco años atrás. Si por Fritz hubiera sido, habría tenido ese papel enmarcado y colgado en medio de la sala. Pero no quería perturbar a Myrthas. Algún día se lo explicaría.

Acomodó, pues, los últimos libros dentro de ese baúl que cerró con llave, la cual escondió en un jarrón que colocó hasta el fondo de un compartimento del librero, fuera del alcance de cualquier curioso o de su esposa.

Suspiró tranquilo. Miró a su alrededor. De verdad le gustaba la casa. Esperaba poder quedarse un tiempo más ahí. Además, todo estaba bien. Su trabajo en la morgue del Hospital Real le permitía hacer todas las pruebas que quisiera. Y lo que era mejor: no se había topado con el entrometido de Henry Stern. No le había agradado ese sujeto; había sido el primero y único en mirarlo de forma extraña cuando le dijo que era médico. Porque lo era. Su apariencia no tenía nada que ver con el conocimiento. Fritz había memorizado todos los libros que su padre le había heredado, así que, a su vez, ser médico no era más que presentar un documento donde constataban sus estudios. Había comprado dicho documento años atrás, e incluso su acta de nacimiento tenía más años de los que en realidad había cumplido. Formalidades para que lo dejaran ejercer en paz.

—Fritz —insistió Myrthas, sacándolo de sus pensamientos.
—Voy, ya voy, querida.

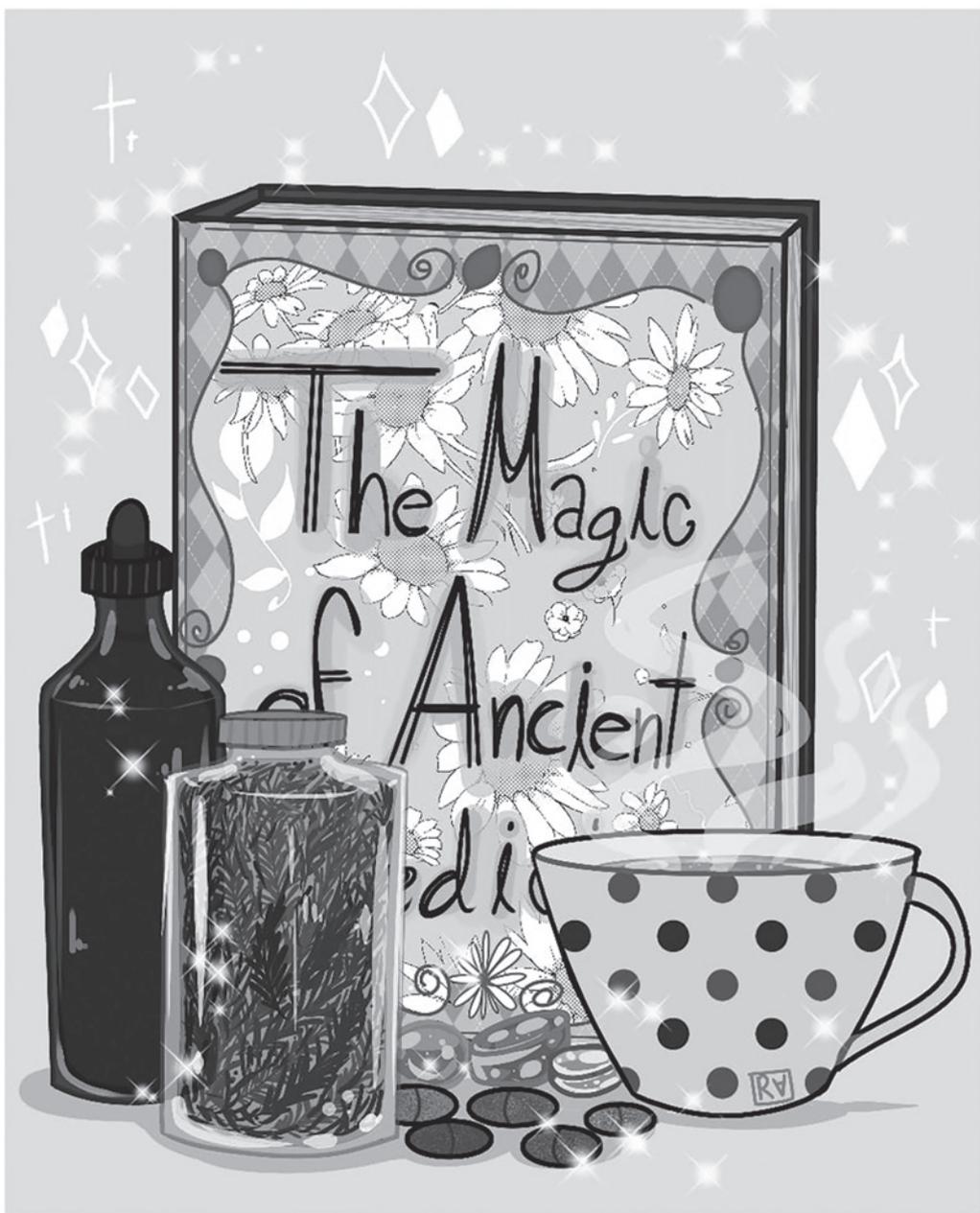


El Hospital Real ofreció un nuevo baile para sus beneficiarios y médicos. Myrthas lucía un nuevo vestido rojo y, como siempre, levantaba comentarios de exclamación entre los presentes. Estaba un tanto más delgada desde el último baile, pero, gracias a Fritz, recuperó el color y la fuerza. Hasta donde ella sabía, él la había curado de la tisis y sus recaídas. Era maravilloso tener un médico en casa. Fritz, a su vez, henchido de orgullo, la miraba, satisfecho y sonriente. Y pensó: “Definitivamente, cinco onzas es la medida”.

¿La medida del alma?

La abrazó mientras comenzaban a bailar nuevamente y le susurró al oído:

—Es maravilloso que las rosas vivan por siempre...



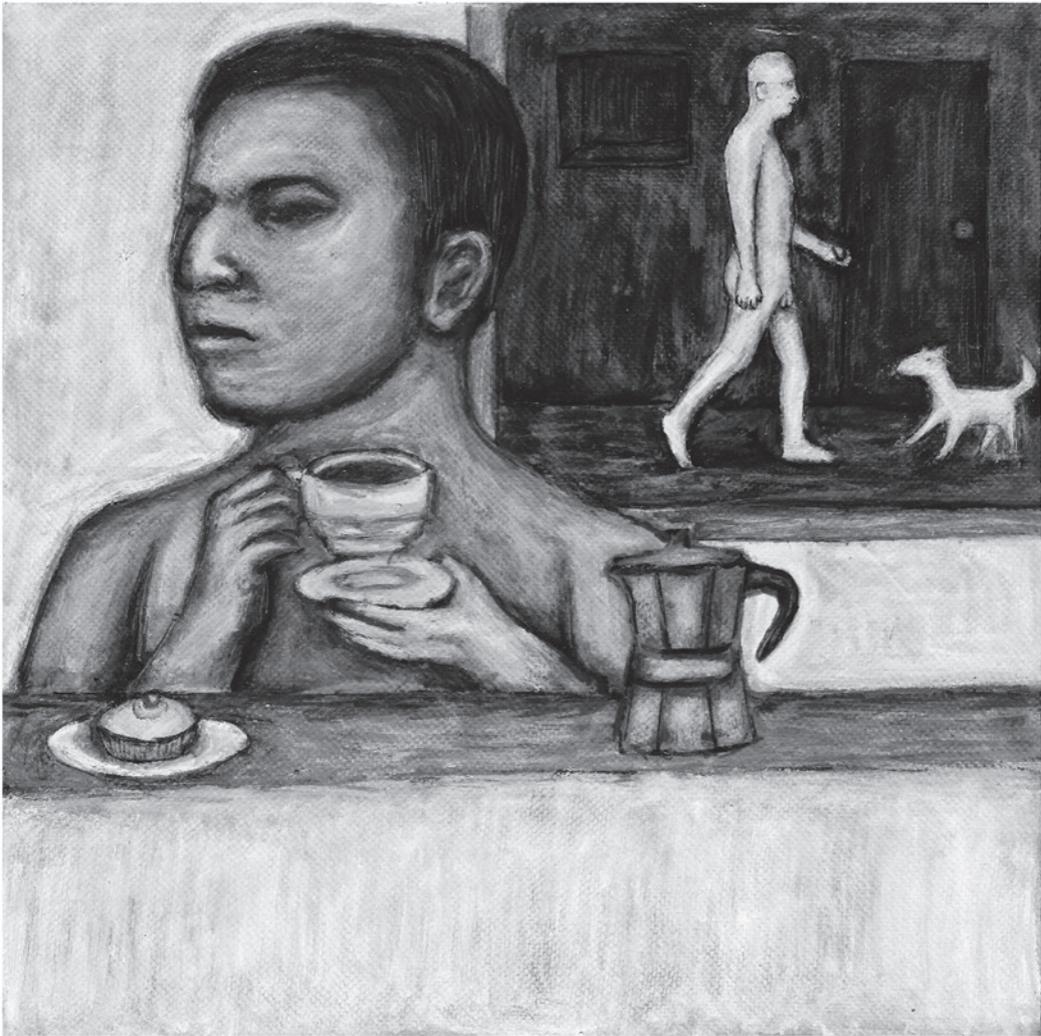
Recipe book, Rosalinda Arévalo.

Ritual griego para invocar a las musas

Luis David López Delgado

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3° semestre

1. Sales de tu casa.
2. Miras fijamente a tu alrededor con la finalidad de buscar un objetivo concreto.
3. Visualizas tu objetivo, te acercas a él hablándole de hermenéutica, retórica y poética. Él te dará una bolsa de plástico y tú, además de ofrecerle tus bondades, le das \$50.
4. Regresas a casa, buscas una tapa de pluma, ingresas un poco del contenido que hay en la bolsa de la abundancia de las musas.
5. Un extremo de la tapa de pluma lo colocas en tus labios y del otro extremo (del más abierto, por donde metiste las virtudes del universo) lo quemas. Prosigues así con un sacrosanto de atizamiento mediático y constante; atiza, atiza, atiza, después tose, tose, tose, se te va a salir el pulmón, sigue tosiendo, tosiendo, tosiendo.
6. Has entrado al Parnaso. Las musas te hablarán mientras estimulan con cosquilleos y susurros tu subconsciente, y, por ende, velarán tus sueños.
7. Repita siempre que necesite recurrir a las musas, ya sea por ensayos, cuentos, poemas, trabajos académicos, tesinas, tesis, exámenes de titulación, en el trabajo, en la calle, en la casa, en el sofá, en el baño, en la esquina, antes del camión; porque la inspiración es indispensable para el vivir.



Caja seca, Carlos Luis Sánchez Becerra.

Cómo se llora a un muerto

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre

Te perdí al tornar de los años
desde aquella noticia al clarear,
hasta un largo ocaso callado,
pero nadie para tu nada me preparó.

¿Qué pasos me salté entonces?
Esos que la gente dice debí pisar.
¿Fue no gritar y maldecir al enterarme
que tu vida se extinguía al tic-tac?
¿Será porque en mí oculté la desgracia
y a otros escudé de mi mal azar?
¿Qué puntos ignoré del listado
para hacer del dolerte un solo compás?
Porque en mi interior he creado
un réquiem entero aún sin final.

¿Cuál es la receta a la pérdida
que al duelo hace estrella fugaz?
Tan pronto dejé bajo cruz tus cenizas,
mi corazón, dicen, te debió enterrar.
Mis lágrimas ya no conmueven al resto,
pareciera que son sólo drama y debilidad.

¿Cómo se duele a un muerto que no ha muerto?
¿Cómo se llora sobre una tumba que no está?
¿Por qué he de decir que ya no te siento,
cuando tu sombra persiste en cada lugar?
¿Debí llorarte vivo a los pies de tu cama
para la tormenta posterior amainar?

¿Por qué parece que tuve suerte
de verte sucumbir ante la obscuridad?
Como si perderte sin oportuno aviso
diese el derecho de por ti sollozar.

¿Qué clase de receta macabra es aquella
que ni el tiempo sabe acatar?
Paso primero: acostumbrarse.
“Tuviste tiempo para la desgracia aceptar”.

Nadie habla de los pasos anteriores.
Nadie sabe decirme qué hice mal.
En vez de sostener fuerte tu mano,
¿debí rezarle a cualquier oyente deidad?
¿Enfrentar con antelación tu vacío,
nuestros últimos días vivirlos con pesar?

¿Cómo se llora a un vivo que muere?
¿Junto a ti debí mi dolor sepultar?
¿Cuál es mi falta al aún extrañarte?
¿Por qué no puedo llorarte, papá?
¿Por qué no me es permitido llevarte?
¿No puedo velarte un poco más?
¿Por qué no he de verte en constelaciones?
¿Por qué es castigable memorarte y llorar?

¿Cómo debe uno doler a un muerto?
Papá, ¿sabes tú cómo te debí llorar?
¿Por qué tu falta no debería afectarme?
¿Por qué a tu dios no debería desdeñar?
Dicen que él tiene sus razones,
que él es sabio en su actuar.
Pero si esperase que la muerte entendiera
¿por qué me dio un corazón para extrañar?

¿Cómo se duele a quien no has perdido?
¿Por qué mi dolor ahora debo acallar?
¿Cómo se duele a un padre aún presente?
¿Por qué su ausencia no he de lamentar?
¿Habré de no pensarlo el día de mi boda?
¿Habré de no recordarlo en Navidad?
¿Será de ilusos necesitar tiempo para sanar?

¿Cómo uno debe doler a un muerto
si no es llorando cuando finalmente no está?

Entrevista con Andrés Segovia¹

Consejo editorial

JÓVENES CREADORES



Foto por: Miriam Karold Vázquez Santiago

¿Cuáles son tus más grandes influencias para escribir poesía? Ya sean escritores, o bien, músicos.

A pesar de que cada proceso de creación es distinto, creo que mi escritura siempre ha buscado una poética conversacional, en donde habiten elementos de la música y vivencias personales. Asimismo, la poesía mexicana ha predominado dentro de mis lecturas; escritores como Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño, Gilberto Owen me han servido para identificar y dirigir el registro de mis poemas. No obstante, en los últimos meses me

he interesado por la inmediatez y contundencia de la poesía norteamericana: William Carlos Williams, Karl Shapiro y Wallace Stevens, son algunos de los poetas que he estado leyendo en días recientes.

*El jurado calificador que decidió por unanimidad darle el premio a tu obra afirmó que tu compilado poético *A donde van las cosas que nos duelen* tiene una propuesta con varios “grados emotivos que se cohesionan a través del tono melancólico de la música”. ¿Por qué utilizar el tono melancólico de la música para cohesionar los poemas de tu obra?*

Cuando empecé a construir la idea del poemario, semanas antes, había leído *Los disfraces del fuego* (Atrasalante, 2015), en donde Manuel Iris utiliza tres piezas de Arvo Pärt para dinamizar la imagen del silencio en su libro. Tras varias lecturas, entendí cómo funcionaba este recurso dentro de su

¹ Andrés Segovia (Mérida, Yucatán, 1999) finalizó estudios en el Centro de Educación Artística Ermilo Abreu Gómez con especialidad en Música. Actualmente estudia la Licenciatura en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán. Ganador del Premio Nacional de Poesía Joven María Luisa Moreno 2019 y del Premio Universitario de Poesía Desiderio Macías Silva 2019 por la obra *A donde van las cosas que nos duelen*.

obra y lo adapté a mi proyecto. Elegí la versión que Chet Baker grabó de “Almost Blue” por la increíble emotividad que transmite la pieza y porque, al usar armonías pastosas y ritmos lentos, sugiere una lectura calmada de los poemas. Durante el proceso de creación, antes de llegar a la parte formal de la escritura, lo que hice fue interiorizar la pieza de jazz para obtener el registro y, a partir de él, identificar el campo semántico, fraseos y cadencias que pudieran aparecer dentro del poemario. En palabras de Antonio Gamoneda: “la música es el estado original del pensamiento poético”.

En el poemario completo incluyes algunos elementos no verbales, como un electrocardiograma o una partitura de la canción Almost Blue, que fue compuesta por Elvis Costello en 1982. ¿Cómo vino a tu mente esa idea y con qué intención?

Las imágenes las incluí para relacionar y después poder justificar, a través de observaciones finales, el uso de la pieza musical en la obra. El libro póstumo de Sergio Loo, *Operación al cuerpo enfermo* (Ediciones Acapulco, 2015), ilustrado con dibujos de L. Testut y F. E. Blitz, me ayudó a visualizar el espacio dentro del poemario y a colocar ambos elementos en él. Me parece importante recalcar que la partitura, transcrita con el apoyo de amigos músicos, más que definir la versión última para que cualquier intérprete la ejecute, son apuntes/propuestas individuales de un instrumentista al momento de estudiar la pieza. En una entrevista realizada por Keith Rowe en 2015, el guitarrista británico respondió lo siguiente sobre esta cuestión: “Creo que todos podemos tocar diez notas, veinte notas, cien notas, pero pocos son capaces de tocar sólo una nota y colocarla en el espacio perfectamente.”

Si bien, los principales temas en el poemario premiado A donde van las cosas que nos duelen son la muerte y la música, ¿qué otros temas te gusta tratar en tus otras creaciones?

La música es un elemento que siempre se ha mantenido constante. Creo que el jazz, el cine y algunos pasajes de mi vida personal engloban gran parte de lo que he escrito.

¿Cuáles son los planes que tienes para tu poemario?

Recientemente he seguido revisándolo, repensando algunos espacios e intentando dejarlo lo más limpio posible. Mi intención con él es publicarlo en forma de *plaque* y seguir trabajando en material nuevo.

Almost Blue

o Ensemble on ~~trumpet~~ → trumpet

Solo Trumpet (Bb)

$\text{♩} = 60$

100" 15" → $\frac{100}{15} = 6.66$ Bars = 30

4) Melodic idea

6) Dotted (repeated) (truncated)

19) Keep it gentle, soft, low range.

23) Don't, make it moderate.

25) b) Repetition of a) minor

31) Stand out!

[Partitura incluida en la obra] Nota: *Almost Blue* fue escrita por Elvis Costello en 1982 y forma parte del álbum *Imperial Bedroom*. Chet Baker grabó la versión más conocida de esta pieza en un concierto en Tokio, en 1987, un año antes de su fallecimiento.

A donde van las cosas que nos duelen (fragmentos)

Andrés Segovía

Lic. en Literatura Latinoamericana UADY, 4º semestre

JÓVENES CREADORES

II

Estamos a tiempo –dijiste–
mientras te veía dormir
con un tanque de oxígeno
y un montón de cables
adheridos a tu piel.

Hay un monitor en frente de mí
que parafrasea el ritmo del agua,
en él veo cómo tus vasos
sanguíneos tiemblan,
como si fuesen a escribir algo,
como si quisieran
sostener la lluvia.

III

Con tres cuartos de siglo sobre sus ojos,
mi madre guarda en el pecho un marcapasos,
reloj de arena / para los sismos de media tarde /
reloj de sol / cuando los ciclones /
golpean la ciudad /
Octavo día:
después del mundo, después de todo

mi casa es más nido de huérfanos
que vientre de medio sol.

VI

El puto señor Dios
aprendiz del cáncer

es un billete de cien pesos
en las manos de un pescador /
filósofo / delincuente /

y como buen instrumentista de jazz,
lleva un *tempo* de cinco cuartos
y un saxofón pegado a la espalda

canción de madera, árbol unísono
y ante la vista del gran Baker:
acorde de un solo mundo.

Entrevista con Emiliano Ortiz Benítez¹

Consejo editorial

JÓVENES CREADORES



Foto por: Luis Daniel González Álvarez

¿Qué fue lo que te llevó a participar con tu cuento en el XI Concurso de Narrativa Elena Poniatowska?

Desde que comencé a escribir “Makambo”, la única necesidad que tenía era escribirlo. Ni siquiera tenía la noción de lo que era. Tiempo después, entendí que estaba creando un cuento, así que le di esa forma. Cuando lo terminé, fue mi madre quien me propuso seriamente que lo metiera a un concurso. La verdad, no me muevo dentro del ambiente literario mexicano, así que no conocía ningún concurso de narrativa. Busqué bastantes. No creí que hubiera tantos concursos para

jóvenes escritores. Finalmente, decidí meterlo al Concurso de Narrativa Elena Poniatowska. Creo que mandarlo a un concurso fue una manera de cerrar el ciclo. Además, tenía que hacer algo con ese cuento.

¹ Nacido en la Ciudad de México en 1996, Emiliano comenzó sus estudios musicales a los cuatro años en la Academia de la pianista austriaca Erika Kubacsek. En el 2012 ingresó al Conservatorio Nacional de Música, en donde cursó la Carrera Técnica de Piano con la maestra Ana María Báez. Actualmente cursa, en la misma institución, el último año de la Licenciatura en Composición. Fue ganador del XI Concurso Nacional de Narrativa Elena Poniatowska.

¿Cómo nació la idea del cuento y la estructura de contar historias aparentemente separadas que se unen el final?

En realidad, el cuento surgió sin ninguna intención de ser escrito. Recuerdo que estaba un día en el metro de la ciudad, había demasiada gente; entre la multitud vi a un señor con un portafolio que, por alguna razón, llamó mi atención. Así que comencé a preguntarme y a pensar sobre su vida... ¿A dónde iba?, ¿a qué se dedicaba?; no podía tener un trabajo común; ¿cómo se sentía?, ¿qué pensaba en ese momento, al estar rodeado de toda esa gente? El señor se desvaneció entre la multitud y no lo volví a ver, pero me quedé pensando en él; en el personaje que, involuntariamente, se estaba creando en mi mente. Decidí escribir un párrafo sobre esta descripción; lo guardé y me olvidé de él. Días después, aburrido de nuevo en el metro, recordé aquel párrafo que había escrito. Decidí continuarlo. Y así, se hizo una costumbre que cada vez que estuviera en el transporte, o esperando algo, me ponía a escribir, continuando aquel párrafo, o creando nuevos. Todo lo que escribía parecía que venía de la nada. Nunca sabía sobre qué trataría el párrafo que comenzaba, o cómo terminaría. Era como si recordara fragmentos de un cuadro que alguna vez vi y poco a poco los fuera sacando de mi mente. Así, una vez escritos todos los trozos, lo único que tuve que hacer fue acomodarlos para construir el cuento que, inconscientemente, ya tenía en mi cabeza. La estructura narrativa me la dieron los párrafos. No sé si fue suerte, o si fue la intuición, lo que hizo que la unión entre fragmentos se sintiera tan orgánica y funcional. Pero eso en realidad no importa; las obras deben justificarse a sí mismas.

Considerando que eres estudiante del Conservatorio Nacional de Música de la Ciudad de México, ¿cómo la música influyó en tu trabajo, como los cantos gregorianos o el Liber usualis missae et officii?

Pienso que todo lo que uno crea está indirectamente influenciado por las cosas que lo conforman. Es inevitable que al escribir uno imprima sus gustos y pasiones en aquello que hace. Así que escribí sobre eso, sobre las cosas que me apasionan; es decir, la música, los elementos antiguos, los cantos monódicos, el misticismo de las religiones y la imaginación en sí. Al final, todo esto lo junté inconscientemente en el cuento. Además, creo que uno disfruta leer autores que conocen a profundidad eso de lo

que escriben. Porque sólo así, el lector puede, por un momento, vivir en la diégesis de la historia que es lo que la mayoría desea al leer narrativa. Algo similar me sucede al escuchar cantos antiguos como el gregoriano: me envuelven en su misticismo; y es una sensación que intenté describir, de la manera que pude, en el cuento.

¿De qué forma puedes decir que son similares o diferentes los procesos creativos en la literatura y en la música?

Creo que, en el fondo, la necesidad creativa es la misma. En los talleres de creación literaria o en los talleres de composición musical no enseñan a crear ideas, enseñan herramientas y formas para que aquello que uno quiere decir pueda conformar una obra y pueda funcionar de la mejor manera; eso se aprende y se practica. Lograr el equilibrio entre el dominio de la técnica y la creatividad es lo que conforma a un buen creador en cualquier disciplina artística. Así que, desde el lado creativo, componer una sonata o un cuento es lo mismo; lo único que cambia son los símbolos con los cuales el creador comunica su mensaje.

Makambo

Emiliano Ortiz Benítez

Lic. en Composición Conservatorio Nacional de Música, 8º semestre

JÓVENES CREADORES

Makambo era una de esas personas que sonríen con la mirada, y que contagian, simultáneamente y con la misma intensidad, su felicidad y sufrimiento. Era un hombre solitario, al que le gustaba disfrutar del aislamiento rodeándose de gente desconocida. Dedicaba una hora diaria a esta actividad. Vivía con una prima, una tía, tres perros y su padre de ochenta años. Todos en la misma casa. Por eso, evitaba a toda costa pasar demasiado tiempo en su hogar. Estaba ahí únicamente cuando era necesario. Su casa estaba en Erba, un pueblito escondido en la región de Calabria, en la costa sur de Italia. Se dedicaba a transcribir textos religiosos antiguos. No ganaba mucho, pero no se le ocurría una mejor manera de utilizar su vida. Trabajaba en el sótano de la iglesia medieval de San Ambrosio, que se encontraba en las afueras del pueblo. Solo. Envuelto en el eco de un silencio oscuro y húmedo. Tenía una ventanita cuadrada justo arriba del escritorio. En ella se podía notar el grosor de los grandes muros de piedra. El lugar tenía electricidad, pero Makambo prefería usar velas para alumbrar el cuartito. Las velas se habían convertido en una especie de temporizador para indicar cuándo terminaba su jornada. Utilizaba dos velas diarias que duraban aproximadamente tres horas cada una.

A Makambo le fascinaba la idea de revivir el aislamiento de esos monjes que habían pasado casi toda una vida copiando manuscritos a mano. Amaba su trabajo, porque de todas las soledades, esa era su favorita.

Él nunca fue religioso, pero siempre se interesó por la teología. Le gustaba todo lo que tuviera que ver con la antigüedad, y las religiones no hacen más que recordar. En la universidad nunca le atrajo la historia como materia. Le emocionaba más observar la historia de la humanidad a través de las palabras, de su morfología, por eso, estudiar latín le pareció lo más lógico.

Él mantenía su vida en orden. Tenía una rutina para cada día de la semana, y un horario que seguía con una precisión religiosa. Dedicaba dos horas diarias para descansar. Nunca debía exceder el tiempo. Con los años, se había dado cuenta de que imponiéndose estos límites, la libertad que sentía durante esas horas era bastante gratificante. Descubrió que era más cómodo vivir bajo una libertad limitada, que bajo una libertad desbordada; porque sin límites, la vida era abrumadora.

Anuar fue guía de turistas en el centro de África. Comenzó a trabajar desde los catorce años, por lo que, llegados los treinta, ya tenía una experiencia excepcional. Era una persona brillante, de esas que con la mirada atrapan y convencen a la gente de lo que sea, por más ilógica que parezca. Pueden hacer dudar de la realidad. Era una persona que vivía en la imaginación, y creaba las historias más asombrosas con cualquier cosa que se le cruzara en el camino. Sus recorridos estaban siempre adornados con una de estas narraciones. No era el mejor guía de turistas, pero sí el más creativo.

Así, un día, en el recorrido matutino por la sabana, conoció a Ludovica, rodeada por un grupo de nueve alemanes y una pareja inglesa. Ella era una antropóloga italiana que viajó a África motivada por el deseo de conocer las civilizaciones antiguas. Las narraciones de Anuar no eran exactamente lo que ella esperaba para sus estudios, pero se dio cuenta de que necesitaba esas historias, de que necesitaba la imaginación de ese hombre, porque todo lo que ella estudiaba no pertenecía más que al mundo de la especulación y la imaginación. No supo que estaba enamorada sino hasta que regresó a Italia.

Durante todo el recorrido en África no cruzaron palabras, sólo miradas. Pero Anuar comprendió que ella sería su futuro, y sabía claramente lo que debía hacer: dejarse guiar por la intuición y la creatividad. Y así, como sacado de una de sus historias, Anuar la siguió hasta Italia. Llegó a su casa y, bajo el marco de la puerta, le pidió matrimonio. Era la primera vez que se hablaban directamente. Para Ludovica todo esto carecía de cualquier lógica y coherencia, pero había tal seguridad en los ojos de ese hombre, que sintió cómo se hundía en ese mar de historias irreales, y simplemente se dejó llevar por esa mirada. Se casaron tres meses después, y los siguientes dos años se dedicaron a conocer el mundo, acompañados siempre de historias mágicas.

Era otoño. Makambo salió a comprar el habitual paquete de velas para todo el mes; claro, dentro de sus dos horas libres. De regreso, pasó por un mercado de antigüedades que se ponía el último fin de semana de cada mes. A él no le interesaban mucho los objetos viejos, pero los libros antiguos eran su fascinación. Siempre iba con la esperanza de encontrar alguno, mientras más usado, mejor, pero pocas veces había visto libros en aquel mercado. Ese día fue la excepción: vio en un estante un libro grande y pesado recargado en una fila de acetatos; lo tomó con cuidado y lo hojeó. Su vida estaba a punto de cambiar, pero Makambo todavía no lo sabía.

El libro estaba maltratado y descuidado; era café y de pasta dura. En la portada se podía leer el título: *Liber usualis missae et officii*. El *Liber usualis* era una colección de cantos gregorianos utilizada por la iglesia católica. Makambo conocía ese libro, y sabía que no era difícil de encontrar, pero nunca había visto una edición como esa. Las hojas eran gruesas y todos los cantos estaban escritos a mano. Después de revisarlo un momento, llegó a la conclusión de que los textos eran por lo menos del siglo XIV, lo cual no tenía sentido, porque la pasta dura no podía ser anterior al siglo XVII. Era como si alguien, al encontrar esos manuscritos, los hubiera empastado. No dudó ni un instante y lo compró.

Regresó a su trabajo con las velas y el libro. Sus dos horas libres habían terminado y debía volver a su transcripción, pero no podía sacarse el libro de la cabeza. Tenía unas ansias enormes por abrirlo y perderse en su misterio. Sabía que no lo podría abrir hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, durante sus horas libres. Mientras tanto, intentaba seguir sus actividades con normalidad, a pesar de que en su mente sólo estuviera el *Liber usualis*. Hasta ese día, su vida había sido siempre cómoda, controlada y sin mucha intensidad. Pero ese libro comenzó a cambiar algo en Makambo.

Terminó su jornada. Salió de la iglesia y, como todos los días, se sentó en una banca a mirar el mar en el horizonte y a sentir la brisa del mediterráneo. La noche se acumulaba en el cielo, y las sombras comenzaban a desaparecer. Cuando sólo quedó la luz de la luna, Makambo se levantó y caminó hacia su casa. Lo único que deseaba era que saliera de nuevo el sol para regresar al libro. Pero mientras más pensaba en el tiempo, más se alargaba la noche.

Después de viajar por el mundo, Anuar y Ludovica encontraron una casita muy sencilla en la costa italiana. Quedaron enamorados del lugar; no por la casa, ni por la vista del mar, que evidentemente era hermosa, sino por el color del pasto: era un verde que jamás habían visto. Hipnotizante. Producía en ellos el mismo efecto que el fuego, como esos momentos en los que las flamas se meten en la cabeza y no hay lugar para ningún otro pensamiento; todo el espacio en la mente es el baile de las chispas. Así se sintieron la primera vez que vieron el pasto de aquel lugar. En ese instante los dos supieron, sin decir nada, que su vida necesitaba de ese color, de ese verde. Compraron la casa.

Al inicio les costó trabajo adaptarse al lugar. Anuar se dedicó al campo. Procuraban cosechar todo lo que consumían, pero a veces no era suficiente. Independizarse del dinero había sido siempre su deseo, pero finalmente comprendieron que seguiría siendo una utopía, así que Ludovica comenzó a trabajar en una tienda de antigüedades que estaba en el centro del pueblo. A ella le gustaba su trabajo, de alguna manera, no estaba muy alejado de la antropología: catalogaba los objetos y los organizaba por su funcionalidad. De vez en cuando escribía relatos imaginando el pasado de éstos. Anuar le había contagiado un poco de esa creatividad narrativa.

La dueña de la tienda de antigüedades era una vieja de ochenta y cuatro años que se encariñó mucho con Ludovica, por lo que, cuando murió, le heredó la tienda. Ludovica era una mujer práctica y muy lista, y comenzó a hacer de esa tienda un lugar atractivo. Contrató a dos cuenta cuentos, y planeó un recorrido en el que ellos narraban las historias que Ludovica había escrito de los objetos. El negocio se volvió un éxito.

Así, poco a poco, Anuar y Ludovica se fueron adaptando a su nueva vida. Y después de tres años, decidieron tener hijos. Ludovica escogió los nombres de las primeras dos niñas: Lucía y Alba; al tercer hijo Anuar lo llamó Makambo.

Fue una espera eterna, pero, al final, llegaron las cuatro de la tarde del día siguiente. Makambo acomodó su escritorio. Colocó el libro justo en el recuadro de luz que caía desde la ventanita. Lo abrió. Daba la impresión de que estaba realizando un ritual. Comenzó.

Pasaba las páginas como si estuviera buscando algo dentro del libro. No sabía qué era, pero sabía que lo encontraría. Sin embargo, en el

libro no había nada distinto a lo esperado. Claro que, aun así, Makambo estaba fascinado, sintiendo el siglo XIV en sus manos, presenciando la música que escuchaba San Agustín y disfrutando el olor de ese papel que había estado aislado durante siglos.

Siempre le había parecido mágica la notación musical de la Edad Media. No podía creer cómo esas figuritas de tinta colocadas en líneas horizontales podían ser interpretadas como sonido, como música. Este tipo de escritura lo encontraba aún más hermoso que la invención de la literatura. Gráficamente, las páginas también eran preciosas, tanto, que no dudaría en enmarcarlas y llenar las paredes de su casa con ellas; sería como tapizar la sala con cantos escondidos en figuritas de tinta negra.

Terminaron las dos horas y Makambo tuvo que cerrar el libro contra su voluntad. No había encontrado lo que buscaba, y esa ansiedad lo acompañó las siguientes veinticuatro horas.

Cuando Makambo tenía diez años, Ludovica, su madre, y Lucía, su hermana, murieron en un accidente. Estaban en la tienda de antigüedades cuando sucedió. Nunca se supo la causa del incendio, pero parece que se originó en el área de cine. Ludovica había hecho una sección, al fondo de la tienda, llena de cámaras y rollos cinematográficos de los años cuarenta. Era la sección favorita del público. Pero nunca se tuvo la precaución necesaria para cuidar el material de cualquier chispa o flama. No sabían lo altamente inflamables que eran esos rollos. A partir del incendio, Anuar decidió remover el cine de su vida. Fue una de las peores tragedias en la historia del pueblo, sólo se salvó una empleada, que, en seguida, decidió irse a vivir a algún país de Asia.

Anuar estaba destruido; algo murió dentro de él. Para Makambo y Alba, el incidente fue demasiado. Tardaron varios años más en poder comprender y asimilar lo ocurrido. Cuando la hermana de Anuar, también viuda, se enteró del suceso, decidió salir de África para ir a vivir con ellos. Así podría cuidar de Makambo y de Alba mientras Anuar luchaba contra la depresión. Fueron tres las ocasiones en las que intentó suicidarse, pero, por una u otra razón, nunca lo logró. Para Makambo y Alba ese fue un periodo que siempre intentaron olvidar. Se convirtieron en recuerdos tan borrosos, que siempre los confundieron con sueños o pesadillas.

Y así, de un día para otro, la familia que vivía en esa casa era distinta. Ahora Makambo vivía con su tía, su prima, su padre y su her-

mana, quien huyó del pueblo apenas cumplió dieciocho años; se fue a Grecia, en donde se casó y tuvo dos hijos. Pocas veces visita Italia. Regresar a ese pueblo es demasiado doloroso para ella.

Para Anuar, era insoportable ver todos los días el pasto frente a su casa; ese pasto que había sido la causa de convertir aquel lugar en su hogar de recién casados. Estuvo a punto de arrancarlo y de llenar el jardín con grava, pero nunca lo hizo. Ese verde era uno de los recuerdos más vivos que tenía de Ludovica, y prefirió mantenerlo a salvo. Lo cuidaba como si cuidara de ella.

Makambo pasó dos semanas más sin encontrar nada en los manuscritos. Analizaba el más mínimo detalle de cada página; podía tardar hasta 10 minutos observando una sola hoja. Es por eso que en sus dos horas libres diarias sólo alcanzaba a leer un aproximado de dieciocho páginas. Así, después de dos semanas, había leído poco más de doscientas. Su vida entera giraba en torno a esas dos horas tan preciadas y todo el tiempo que no perteneciera a ese rango era una agonía.

Los domingos eran peores. Makambo sabía que en su vida era necesario tener un poco de interacción social, y el objetivo principal de los domingos era ese. Así que salía con su familia al centro del pueblo y comían en el restaurante favorito de su padre. Makambo ya se había acostumbrado a esos domingos, casi siempre aburridos, y no le molestaban. Anuar nunca hablaba mucho, pero cuando lo hacía, era para contar una de sus historias mágicas. Eso era lo que Makambo más apreciaba de los domingos: la posibilidad de escuchar una historia de su padre. Pero esa posibilidad, con el tiempo, se reducía cada vez más.

Sarabi, la prima de Makambo, era una persona extremadamente amable. No era muy inteligente, pero, quizá por eso mismo, parecía que disfrutaba de la vida más que nadie, cosa que Makambo envidiaba. Se llevaban muy bien, pero sus pláticas siempre permanecían en una superficialidad no permanente. Nunca habían logrado hablar más de media hora. A pesar de ello, existía un cariño muy profundo y tierno entre los dos. Sarabi hacía los domingos más llevaderos. Pero durante estas dos semanas, nada pudo eliminar la ansiedad de Makambo. Y esos dos domingos fueron los más largos de su vida.

Finalmente llegó el día en que las cosas comenzaron a cambiar. Era un martes; Makambo estaba sumergido en el *Liber usualis*. De pron-

to, al pasar la página, encontró una hoja suelta dentro del libro. Vio el reloj: 17:59. Le quedaba sólo un minuto de tiempo libre. Sin pensarlo, Makambo comenzó a leer la hoja suelta, a pesar de que le tomaría más de un minuto. Por primera vez en dieciocho años iba a romper su estricto horario. No le importó. La sed de curiosidad que sentía nublaba su disciplina. Sólo existía una cosa en su mente: leer esa nota.

Estos manuscritos llegaron a mis manos por una de las coincidencias más bellas de mi vida. No conocía el secreto que guardaban, hasta el día de hoy. Y ahora, estoy segura que en mi memoria flotará siempre el eco de aquel canto que escuché por primera vez en estos manuscritos. Un canto que rebasa cualquier forma de razonamiento lógico; un canto tejido con los filamentos de la imaginación en su forma más pura. Es como experimentar el vacío; el manantial de la nada. A quien esté leyendo esto, la casualidad lo habrá elegido, como lo hizo conmigo, para escuchar...

58 Makambo leyó la nota más de cinco veces, y la analizó buscando algún indicio que lo pudiera ubicar en el tiempo. No encontró nada. Releyó la carta por última vez, ahora más relajado, sonrió, quitó la hojita, y ahí estaba el canto: no tenía título, y la melodía no parecía religiosa. Musicalmente era un canto muy sencillo, pero, efectivamente, era hermoso. Era esa sencillez la que lo hacía tan fácil de reproducir y de apreciar. Estaba claro que no pertenecía al *Liber usualis*. Era extraño, el registro de la voz era demasiado alto como para ser cantado por hombres. Así que había varias opciones: que fuera cantado con falsete; que fuera cantado por niños; que fuera cantado por mujeres (muy raro para la época); o que simplemente fuera un error. Pero el hecho de que estuviera en un registro tan alto, y con esa línea melódica, generaba la sensación de una ligereza tenue, como si se pudiera palpar el peso de la luz con las manos.

La letra del canto tampoco era muy común. No tenía nada que ver con la religión. Trataba de una hormiga. Una de esas hormigas que se dedican a trazar los caminos para que después sus compañeras lo sigan y puedan llevar el alimento al hormiguero. El canto describía todo lo que la hormiga se encontraba en el camino: eran

objetos comunes, pero vistos de una manera extraña y diferente. En realidad, era un relato muy sencillo, pero a Makambo le pareció fantástico. Se sintió envuelto en una de las historias de su papá. No sólo por el contenido del canto, sino por todas las situaciones que lo habían llevado hasta ese punto: estar en el sótano de una iglesia medieval, leyendo, en un libro del siglo XIV, el canto de una hormiga. Y todo por una simple casualidad en un mercado de antigüedades.

Por un momento, Makambo pensó que su vida misma era un cuento, y él un personaje que era arrastrado por la caprichosa imaginación de alguien más, como aquella hormiga. Sintió que rozaba una verdad que sabía jamás lograría comprender. Entonces, escuchó el canto; no sabía si provenía del exterior o de su mente, pero no le importó, y se dejó llevar por el brillo de las voces. Sentía que flotaba en un océano de aire. Cerró los ojos: negro. Era como si estuviera escondido detrás de esas figuritas de tinta que tanto le gustaban; era como si él mismo fuera el sonido del canto. La melodía llegó a la cadencia final y, de pronto, la nada, el vacío, el lugar al que va la música cuando ya no se escucha.



Esta historia pertenece a mi imaginario, pero es igual de real que la vida misma. Hoy en la mañana, en el recorrido por la sabana, conocí a Ludovica. Quizá nunca la vuelva a ver.

Pero ahora sé que, en definitiva, llamaré a mi hijo: Makambo.

Anuar

ÍNDICE DE IMÁGENES



Receta criminal
Mr. Pulp
8



Familia Paleta
Carlos Luis Sánchez Becerra
12



Medio día
Pedro Eduardo Muñoz Montoya
17



Grasas
Carlos Luis Sánchez Becerra
20



Mozarella
Carlos Luis Sánchez Becerra
24



Magic subjects
Rosalinda Arévalo
26



Atando cabos
Elsa Nidia Mauricio Balbuena
30



Recipe book
Rosalinda Arévalo
38



Caja seca
Carlos Luis Sánchez Becerra
40

PIROCROMO

60

#20 RECETARIO